

REVISTA DE LIBROS

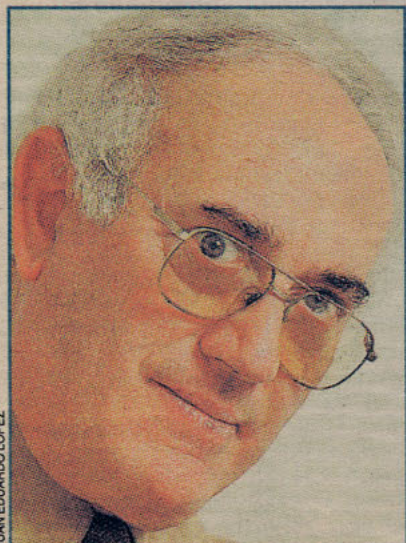
• Recuerdo de
Agata Gligo
(página 3)

EL MERCURIO

ALDEA PLANETARIA,
¿LENGUAJE LOCAL?

A partir de la experiencia del joven estadounidense John Brennan, autor del exitoso libro «How to survive in the chilean jungle», Revista de Libros exploró en nuestra particular manera de expresar la realidad. Alfredo Matus Olivier, director de la Academia Chilena de la Lengua, analiza el fenómeno de ventas de este volumen, mientras que el psiquiatra y dramaturgo Marco Antonio de la Parra ahonda en la idiosincrasia del chileno reflejada en su modo de hablar. Incluimos, además, un comentario a «How to survive... » y una entrevista a su autor.

(Páginas 4 y 5)



Jorge Díaz:

“¡Yo Soy Todos Mis Personajillos!”

por Beatriz Berger

Tras una brillante carrera en el campo de la dramaturgia —con 69 obras para adultos y más de 34 para niños—, el Premio Nacional de las Artes de la Representación y Audiovisuales 1993 publica ahora su libro «Textículos Ejemplares» (Red Internacional del Libro). A través de relatos breves, algunos brevísimos —y en un género para él inclasificable—, aborda las inquietudes planteadas en las tablas: la incomunicación, la soledad, la muerte... con los ojos puestos en la deformación grotesca, el ridículo, el absurdo, pero con la presencia siempre relevante del humor.

(Página 8)

“Yo soy...”

(Viene de la portada)

“PIENSO que si me relajo me vendría un colapso mortal”, dice este hombre que toda su vida ha sido tenso. Y seguramente con razón, porque en este momento además de publicar su libro, en Chile se están ensayando cuatro obras suyas: **La marejada**, **Winnipeg**, **el confin de la esperanza**, **Muero**, **luego existo** y **La cicatriz**. Además, acaba de terminar **Epílogo con arcángeles y perros**. Se prepara, asimismo, para continuar haciendo cuentos breves. “Yo tengo la suerte —explica— de que no hago nada más que escribir”.

Y la pasión por las letras se descubre también en una extensa biblioteca donde se incluyen sus materiales clasificados minuciosamente. “Soy bien ordenado, pero mi casa nunca ha podido ser más que una oficina”, reconoce este arquitecto de la Universidad Católica, egresado en una época en que la escuela “formaba apóstatas o desertores de la arquitectura”, profesión que Jorge Díaz (1930) ejerció durante diez años. Así, el gusto por el dibujo lo manifiesta ahora en el diseño de sus publicaciones “en una forma, a veces, un poquito odiosa para los editores”.

De joven, aún estudiante, el Teatro de Ensayo acaparó su atención y luego en el ICTUS nace como dramaturgo. Sin embargo, en una etapa esplendorosa de realizaciones teatrales, decide cortar el cordón umbilical con nuestro país y viaja a España donde permaneció treinta años.

—Antes de irme —recuerda— llevaba una vida muy neurótica, al punto que me di cuenta de que no conocía Chile. Por las circunstancias de mi trabajo, en Madrid adopté exactamente la vida contraria a la de aquí y viajaba constantemente. Me abrí al mundo, a la gente, aprendí lo que era charlar, perder el tiempo, no llevarlo cuadrículado.

Con esta experiencia sobre sus espaldas y a tres años de su regreso, hoy Jorge Díaz —ese personaje que aún no maneja automóviles—, escondido tras la máscara del humor que oculta sus sentimientos y pudores, escribe un texto versículo, fascículo, minúsculo, ridículo, pretexto...

“La brevedad es fundamental para mí”

—“En el altar consagrado del teatro juré mil veces, no escribir jamás prosa”, dijo hace un tiempo ¿Qué lo llevó a romper su promesa?

—Nunca los hechos ocurren de repente. En España formé dos grupos de teatro itinerantes, que funcionaron durante 15 años, donde se producía ese ciclo de nutrición mutua entre el grupo y uno. Pero aproximadamente en 1985, cuando estuvieron a punto de desaparecer, empecé a trabajar en solitario, lo que me derivó a un mayor acercamiento al lenguaje y a crear una obra de narración oral: **De boca en boca**, que eran simplemente cuentos contados. Por primera vez, había escrito textos breves que no tenían que ver con una situación dramática ni con personajes. Y seguí haciendo este tipo de relatos, porque la brevedad es fundamental para mí.

—¿Búsqueda de nuevos géneros?

—Por ahora es una transición que se emparenta con la línea de Ramón Gómez de la Serna, Alfonso Alcalde, Augusto Monterroso... Cortázar es un creador tan extraordinario que dentro de la obra magna que ha hecho, tiene partes que efectivamente son juguetonas y paradójicas. Pero entre los poetas que me alimentan siempre, Cernuda y Nicanor Parra son importantísimos. Evidentemente hay rasgos que son fácilmente reconocibles de mi trabajo en el teatro, y es natural, porque el que escribe soy yo y me nutro de las mismas vivencias y valores...

—Claro, están los temas de la crítica social, la falta de identidad, la muerte... llevados al absurdo y lo grotesco.

—Sí, pienso que es una etapa en que todavía salgo hacia la prosa con el maquillaje del teatro a medio quitar. Se ha hablado mucho del teatro del absurdo, pero como me fui de Chile, aquí no se conoció una época importante de mi trabajo. No cabe duda, a pesar de que han sido varios los estilos, hay un hilo hilvanador en

todos mis trabajos: la fascinación por la deformidad grotesca y el ridículo a través del sarcasmo, pero con una tolerancia tierna. Y eso se manifiesta tanto en las obras de teatro como en los textos.

—En los cuales disimula sus delirios secretos, sus miedos.

—Uf, y son tantos... Uno vive de fantasías, de crear relaciones y mundos imaginarios. Yo vivo más en un mundo imaginario que en uno real. Por lo tanto, de alguna manera, todos esos personajillos ¡soy yo! son retratos míos.

—¿Y no un espía de vidas ajenas?

—Claro, las dos cosas van muy mezcladas, porque el *voyeur* es una persona que se nutre de lo que está viendo, pero al mismo tiempo se coloca en lugar del otro. En consecuencia, también es un paranoico que cambia de personalidad.

—¿Un *voyeur* de cafés?

—Bueno, esa afición me nació en España, donde a uno le está cayendo constantemente encima la vida de los demás: la gente grita mucho, habla muy fuerte, se cuentan las confidencias más estremecedoras a voz en cuello, pero con un gran florecimiento del idioma. Esa era una vivencia muy fuerte y nutritiva allá, pero aquí en Chile todo es en sordina. Aún así, me siento en el «Tavelli» y, aparte de tomar café, paso bastante rato todos los días, observando, tomando notas....

—Su prosa es bastante poética a ratos, ¿tiene algo de poeta Jorge Díaz?

—El teatro es un arte de síntesis, igual que la poesía. Pero cuando entregas la obra a los actores, ellos desnudan aún más el material. La poesía para mí, es el género literario máximo, le tengo un respeto casi sagrado y los poetas me parecen unos seres especialmente iluminados. Cuando estoy escribiendo una obra de teatro y me siento confundido, acudo a la poesía que me habla de lo más profundo, misterioso, y me aclara todo.

—Aparte de la fuente poética, ¿de qué otras influencias se siente deudor?

—Bueno, el cómic de adulto me ha producido siempre gran admiración. Mi adolescencia estuvo fascinada por la secuencias cinematográficas de Will Eisner, el creador de «Spirít», cuyas texturas literarias son absolutamente esqueléticas. Sumergiéndome en el mundo del cómic, he descubierto también la expresión a través de la brevedad. Y así como Ramón Gómez de la Serna inventó las “Greguerías”, yo he creado la “brevedad”, que es para mí el deseo de expresar con humor y la mínima cantidad de palabras una situación.

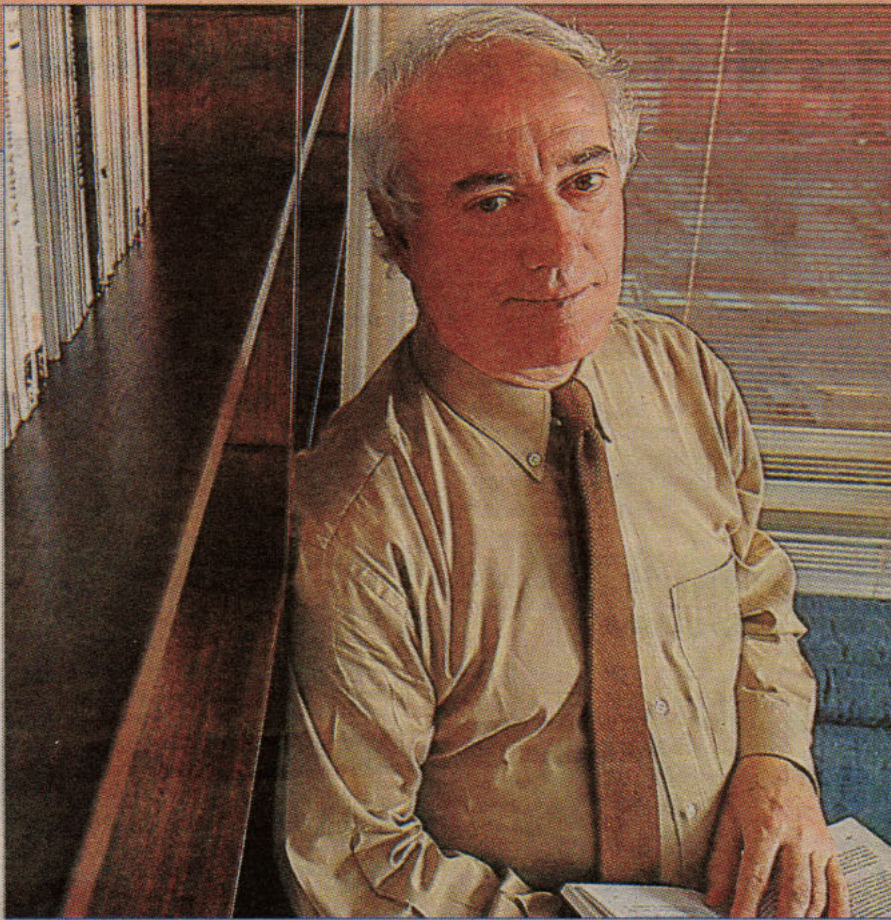
“Valoro el boceto por sobre la obra terminada”

—¿Diría que los textos breves son un paréntesis en su labor de dramaturgo?

—Yo creo que junto con el teatro, continuar en la línea de los cuentos brevísimos, es casi un desafío. Pero desde el punto de vista literario, yo no soy un cuentista, lo tengo muy claro. Incluso, ha habido una voluntad deliberada de hacer bocetos, pues los valoro por sobre la obra terminada. Las sugerencias permiten al observador completarlo y esa interacción, logra que sea mucho más rico el efecto. Eso se ve claramente: todos mis cuentecillos tienen un protagonista sobre el cual lanzo una mirada tierna porque yo quiero mucho a mis personajes.

—Sin embargo, se ríe bastante de ellos.

—La burla para mí es fundamental. Ionesco decía que su teatro no era del absurdo, sino de la



Jorge Díaz: “Estoy en una etapa en que todavía salgo hacia la prosa con el maquillaje del teatro a medio quitar”

«Valentín», donde desarrolla un trabajo lingüístico usando algunas palabras ininteligibles, ¿le gusta jugar con el lenguaje?

—Sí, por supuesto, en el teatro hay un antecedente de ese cuento, «La orgástula», una obra breve en la que esta situación se llevó hasta sus últimas consecuencias: todos los diálogos son palabras inventadas. Con una gran amiga mía, que murió muy joven, la actriz Magdalena Aguirre, la leíamos con distintas entonaciones y el efecto era absolutamente notable.

—Al inventar palabras ¿busca también darle un ritmo al texto?

—Sí, y que ellas tengan una sonoridad, que vagamente hagan parecer algo que no es.

—Cuando escribe, entonces tiene presente la oralidad.

—¡Ah, el tema de las palabras en el aire es tan interesante! y el dramaturgo es muy sensible a eso. Uno puede leer un texto que parece atractivo y de pronto lo tiras al aire y no funciona, cae como peso muerto. Hay una misteriosa condición del lenguaje para el teatro, donde la oralidad es importantísima.

—Y también la relación con la música ¿no?

—Cierto, Fernando Debasa dice que el teatro es una partitura y tiene razón. Es por eso que siempre se necesita un gran director.

“Un libro es una defensa, una coraza, una máscara”

—Hablemos de la veta humorística, que recorre toda su obra...

—El humor en general, no sólo en mi caso, es una defensa, una máscara que permite hablar de cosas íntimas: del amor, del miedo, de todo... sin pudor. Soy una persona tímida, un poco reprimida, incapaz de escribir en serio algo donde salgan a luz mis sentimientos. En cambio, a través del humor puedo hablar sin problemas y ¡me siento a mis anchas!

—Pero a una persona tímida y reprimida le costaría escribir estos «Textículos». ¿Cómo logró llegar a esa máxima desinhibición?

—Dicen que la agresividad y desvergüenza del tímido es la mayor de todas. Y es absolutamente cierto: un libro es una defensa, una coraza, una máscara. Uno, parapetado detrás de la máquina de escribir, se siente defendido.

—¿Entonces con estos escritos exorciza sus demonios?

—Sin duda, porque detrás de ellos yo siempre estoy diciendo verdades. Es un juego humorístico, pero de despojamiento.

—¿Por eso escribe sobre rarezas sexuales?

—Mira, pienso que más que rarezas sexuales, para mí la gran temática —y debe ser porque yo no lo resolví nunca— es la comunicación. Ese es el meollo de toda mi obra, de toda mi personalidad y de cómo yo he resuelto mis problemas, pues creo que he vivido en medio de una soledad muy dolorosa. Entonces, pienso que el sexo es uno de los momentos en que gran parte de los impedimentos se derriban: es la última esperanza de la comunicación. Y me parece que tampoco se consigue o se logra parcialmente. Por eso, en una especie de resentimiento, de ira, vuelco la burla, el patetismo. Para mí, el sexo es una forma patética de comunicación, porque se hacen unas expectativas que, al final, tampoco funcionan.

